

PRECIOS DE SUSCRICION

Pamplona, un mes... 1,25 ptas.
Fuera, un trimestre... 4,00 id.
Ultramar, semestre... 15,00 id.
Extranjero, semestre 23,00 id.

Anuncios en tercera plana, primera insercion á 10 céntimos de peseta línea. Las demás inserciones á 5 céntimos línea. Anuncios en cuarta plana, precio convencional.

PAGO ADELANTADO

Número suelto 5 céntimos. Atrasado 15 id.

PUNTOS DE SUSCRICION

En Pamplona en la Administracion, calle de Mercaderes, 18, planta baja.
Fuera de Pamplona por corresponsales ó giro á favor de la Administracion en libranzas ó sellos de correos.

Direccion y Administracion

calle de Mercaderes 18, bajo

El Tradicionalista

DIARIO DE PAMPLONA



EL SEÑOR

D. ROMUALDO BERIAIN

FALLECIÓ Á LAS SIETE DE LA TARDE DEL DIA 30 DE MAYO DE 1892,
Á LOS 68 AÑOS DE EDAD.

R. I. P.

Su afligida pero resignada esposa D.^a SANTOS PEREZ,
hijos, hijos políticos, hermano político, nietos, sobrinos,
y demás interesados

Suplican á sus numerosos amigos se sirvan encomendarle á Dios en sus oraciones, en lo que recibirán especial favor.

ADIOS 1.^o DE JUNIO DE 1892

DISCURSO
LEIDO POR
D. ARTURO CAMPION
en el "Círculo Regional Tradicionalista" de Pamplona, el día 29 de Mayo de 1892.

Señores: Invitado por la Junta Directiva de este católico centro á dar una conferencia en sus salones, me ha parecido que mi profundo agradecimiento no se compaginaba discretamente con una negativa; y á pesar de mi escaso hábito de esta clase de trabajos y de mi repugnancia á hablar en público, nacida de la poquedad de mis medios, resolví sobreponerme á todos los motivos que me aconsejaban abstenerme de echar sobre mis hombros peso de tanta gravedad. Aquí estoy, señores y amigos míos, dispuesto á responder á vuestro obsequio con mis buenas intenciones y deseos: que deseos é intenciones, por desgracia, y no actos efectivos, han de resultar mis esfuerzos por cautivar vuestra atencion, y hacer llegar á vuestros oídos conceptos cuya forma no sea totalmente indigna de la altura de los pensamientos que os quisiera comunicar.

Vengo, señores, á continuar entre vosotros mi modestísima obra, á proseguir entre vosotros la labor que tiene acaparadas todas mis facultades desde hace cerca de diez y seis años, obra y labor que pueden compendiarse en la siguiente brevísima fórmula: que los católicos sean cada vez más fueristas, y los fueristas cada día más católicos. Estoy entre vosotros y estimo no haberme movido de mi casa; pues aunque á los que como vosotros piensan y á los que como yo piensan les separan diferencias de relativa importancia, afirmo, sin miedo á equivocarme, que esa importancia es secundaria, que no toca á nada sustancial. Vosotros constituís un partido nacional, y nosotros quisiéramos constituir un partido local, unido á otros partidos locales por el vínculo común de la aspiracion regionalista; vosotros opináis que se han de resucitar los antiguos Reinos españoles, y nosotros, sin oponer ninguna razon *teórica* en contra, antes bien, hallando simpática la idea, estimamos que, hoy por hoy, no existen sentimientos *particularistas* sino es en contadas regiones de España, por lo que únicamente en estas tendrá razon de ser y practicabilidad la restauracion foral, quedando para las demás la implantacion de un régimen ampliamente descentralizador, cuyo fundamento jurídico arrancará del Estado, mientras que en Navarra, Provincias Bascongadas, Cataluña y acaso Galicia,—que son las regiones á que antes aludía,—el régimen restaurado se ha de levantar sobre nuestra propia personalidad histórica.

Pero esta diversidad de criterio no obsta á que vosotros y nosotros nos hallemos en el caso de dos viandantes que recorren el mismo trayecto, aunque no en toda su longitud; vosotros, p. ej., seguís hasta Gallúr, que es tierra

aragonesa, nosotros nos apeamos en Olite, donde están las ruinas del Palacio de nuestros excesivamente olvidados monarcas; ó mejor dicho, nos hallamos en el caso de dos vecinos, íntimos amigos, que viven pared por medio, con la circunstancia de que la pared, en vez de ser de cal y canto, es de tabillas y lienzo hecha, y además, está montada sobre una corredera; así es que constantemente los vecinos pasan de una á otra habitacion, se congregan las familias, comparten goces y penas y se encuentran en disposicion de comunicarse sus planes, de discutir sus proyectos y hasta, si conviene, de hablarse al oído. Hablémonos, pues, pero en alta voz, para que todo el mundo nos oiga y comprenda por dónde corren nuestras mútuas simpatías, de qué punto parten y en qué punto se reunen y anudan como en inrompible haz.

Espero que el tema elegido ha de ser de vuestro agrado, porque responderá, adecuadamente, á vuestros sentimientos de católicos y nabarros. «Sentido católico de las reivindicaciones fueristas»: hé aquí el tema que pretendo desarrollar en sus principales aspectos, aunque con la necesaria concision para no abusar de vuestra benevolencia.

Esta reivindicacion fuerista que es, por lo que á Nabarra atañe, como el cuerpo de la reivindicacion católica, que es quien representa el papel de alma inmortal y espíritu vivificante, es un episodio de nuestra perenne historia y un rasgo de nuestra milenaria fisonomía. Cuantas veces he investigado cuál es la mision histórica del pueblo nabarro y he intentado conocer cuál es su característica propia y dominante, las he hallado en la palabra «resistir». Siempre lo divisé sentado á la sombra bendita del árbol de la tradicion, escuchando, á semejanza de la anciana del escultor catalán, las leyendas y los relatos de la corneja centenaria; siempre lo observé transformándose pausadamente, saliendo de las sombras de lo pasado á los resplandores de lo porvenir por gradaciones insensibles de luz crepuscular. Y esta peregrina mision pintó en mis ojos la imagen de una acantilada costa que lentamente se agrieta, hiende y desmorona, y acaba por abrirse en golfos y bahías, cediendo mejor á la accion silenciosa é incesante de las aguas profundas, que no á la rabia clamorosa de las olas.

Tribu de la nobilísima raza euskara los bascones, poco tiempo disfrutaron pacíficos del lote de tierra que la Providencia les señalara para lo futuro en la dispersion del humano linaje. Que pronto el celta lanzó contra ellos sus bárbaros muchedumbres, y tras de porfiados y sangrientos combates, hubieron de ceder extensas y feraces llanuras, y convertir el Ebro en foso de defensa, sin que conservaran en su margen derecha otra cosa que una faja de terreno, reliquia de la pingüe herencia patrimonial, trazándose, entonces, las fronteras de Nabarra, con tan vigoroso dibujo que no acertaron á borrarlas los múltiples acontecimientos históricos, y sobrevivieron á todos los cataclismos que temporariamente removieron sus mugas y mojonos.

Y de igual suerte que resistieron á los cel-

tas, resistieron tenacisimamente á los romanos, y á los godos, y á los árabes, y á los francos de Carlomagno y Luduvico Pio, engendrando Sanchos y Garcías que recuperaron los territorios injustamente detentados por los invasores. Y siendo un puñado, pero un puñado de héroes, rodeados, totalmente, de fuertes y nada escrupulosos vecinos, realizaron el portentoso milagro de conservar incólume su nacionalidad diminuta, á pesar de Francia, á pesar de Aragon, á pesar de Castilla, y tuvieron alientos tan pródigos y generosos como para ir con D. Garcia Sanchez á Alhandega, con D. Garcia el Temblosa á Caltañazor, con D. Sancho el Fuerte á las Navas, con Teobaldo I á Antioquia, con Teobaldo II á Cartago, con Felipe el Noble á Algeciras, con Carlos II á Normandía y Paris, con el infante duque de Durazzo al ducado de Atenas y Morea, provocando en todo el mundo el asombro que causa la grandeza de lo pequeño; hasta que llegó el día infausto, nunca bastante llorado, día que hizo espesarse y teñirse de fúnebres reflejos las nieblas del Pirineo, el día aquel en que Navarra, por las pasiones fraticidas de sus hijos, cayó exangüe á los pies de Fernando el Católico!

Señores: este pueblo dotado de inconcebible poder de resistencia; este pueblo que sustrajo al influjo disolvente de la gran civilizacion romana su personalidad étnica, como lo demuestra el idioma maravillosamente hermoso que aún resuena en nuestros valles, siendo así que los demás de España perdieron su lengua y aceptaron el latín, padre de las lenguas modernas peninsulares, este pueblo, cuyas instituciones políticas y civiles se inspiraron, siempre, en el deseo de perpetuar lo pasado, deseo que manifiestan la libertad de testar y las donaciones *propter nuptias* ingeniosamente combinadas para que la casa nativa continúe existiendo, y el apellido se perpetúe, y existe abundante copia de familias, verdaderamente estables que sirvan de perpétuo núcleo de condensacion durante las evoluciones de la historia; este pueblo, tan apegado á su manera de ser castiza, que levantó á la costumbre, aunque fuera contra ley, á la categoria de fuente principal de su derecho; este pueblo, en un punto especial, presenta una excepcion pasmosa que debe de llenarnos de orgullo y gratitud.

Tenia su religion primitiva; allá, en las noches de plenilunio, adoraba al *dios sin nombre*, con danzas simbólicas, y ritos y ceremonias gentilicas, saturadas de naturalismo. Pues bien, este pueblo tenaz, testarudo, valiente, apegado á su opinion y parecer, que constantemente se encabrió contra todas las mudanzas y transformaciones; este pueblo que resistió á todas las novedades; precisamente en la materia que toca á las entrañas mismas del individuo y de la sociedad, donde la sensibilidad es más viva y la voluntad de conservacion más enérgica y la repugnancia á variar más invencible, en la religion, se mostró dócil, maleable, flexible. Brilló la luz del Evangelio, y deslumbrados los ojos, el bascon fiero é indómito dobló las rodillas, é inclinando la altiva frente, recibió las aguas regeneradoras del Bautismo. Los bascones, señores, al revés de los demás pueblos de la tierra, no martirizaron á los predicadores de la eterna verdad. Aceptaron sumisos sus enseñanzas, y en el día memorable de su conversion, sellaron pacto perpétuo con la cruz redentora, y la plantaron sobre las más erguidas cumbres de sus montañas, y juraron defenderla y morir por ella: palabra que ayer cumplieron y hoy siguen cumpliendo, frente á las banderas desplegadas del Infierno.

El vidente puritano Carlyle, usando términos de mucha generalidad, ha dicho: «nuestra época se caracteriza por la lucha entre la Creencia y la No-Creencia.» Concretemos los términos y traduzcámoslos al castellano; nuestra época se caracteriza por la lucha entre el Catolicismo y el Racionalismo, entre el derecho nuevo y el derecho antiguo, entre la Iglesia y la Revolucion. No otra es la verdad; y esta lucha, velada ó manifiesta, es el alma de todas las cuestiones pendientes. Siempre tuvo enemigos la Iglesia; siempre se levantaron errores y herejías contra sus verdades; pero estos errores y herejías eran, por decirlo así, meramente teológicos, aunque influyeran sobre el régimen político de la sociedad, como influian sobre la conducta privada del individuo: que nunca fué posible arrancar una sola piedra del edificio dogmático, sin que por la aparentemente pequeña grieta, rompiese á borbotones el mal, amenazando anegar al mundo.

Pero error y herejía de índole esencialmente política, que directamente mirasen á la gobernacion y régimen del Estado, encarnándose en un sistema que no hiciese otra cosa sino

es aplicar á las costumbres y acciones de la vida, los principios adoptados por los *naturalistas*, son error y herejía modernos, hijos de nuestro tiempo. Ese sistema, dentro de la escuela católica, tiene un nombre técnico, que es propio suyo; nombre que prevalecerá contra los que pretenden desnaturalizarlo, valiéndose de insustanciales distinciones que sueñan á otras tantas amañadas escapatorias, y contra los que, por ignorancia ó malicia, suelen aplicarlo á maneras de opinar licitas y honestas: ese sistema toma nombre de la libertad, bien inestimable de Dios, y se llama *Liberalismo*. ¿Sabeis lo que es, en suma, el *Liberalismo*, señores? Un sistema ideado para descatalizar á las naciones, contrayéndose, principalmente, á dar libertad al error cuando es manso, como sucede ahora en España y propasándose á perseguir la verdad cuando es fiero, como sucede ahora en Francia, nacion de quien no debemos apartar los ojos, porque de antemano nos marca el camino y las etapas que hemos de recorrer, probablemente, ya que, segun indicó Donoso, el pueblo francés está subido al paio mayor de la Revolucion y desde él hace señas á todos los pueblos de la tierra.

La primera explosion del liberalismo dentro de España produjo, asimismo, el primer atentado suyo contra el régimen foral. Apenas nacido el liberalismo, mató á los fueros: nacimiento del uno y muerte de los otros, son sucesos casi coetáneos. Aquellos diputados de las Cortes de Cádiz, amamantados á los pechos impuros de la Revolucion francesa; ahitos los huesos cerebros de las teorías del *Pacto social*, resolvieron redactar una *Constitucion*.

¡Ahí es nada, señores! Hojear media docena de autores de moda, tomarles prestados unos cuantos principios abstractos, discutirlos pedantescamente con citas de la historia griega y romana, desdoblarse una resmilla de papel, destapar una botella de tinta y distribuir los susodichos principios simétricamente en títulos y artículos, sin olvidarse de mandar que los españoles sean justos y benéficos, y luego creer que aquel *prontuario* de los derechos y deberes y aquel *formulario* de los poderes nacionales es una verdadera constitucion, es decir, regla imperativa de la vida social, reflejo de las convicciones de los hombres acerca de este maravilloso y complicado universo, condensacion de sus creencias morales y de sus necesidades físicas, efecto de la convergencia de las fuerzas históricas, perennemente activas, misteriosa y profundamente germinativas, como las semillas arrojadas al surco, producto sólido del tiempo, la razon y la experiencia, es de lo más absurdamente tonto que puede imaginarse: equivale á imaginar que un muñeco provisto de ingeniosos resortes, es una persona. Porque lo difícil, señores, no es *escribir sobre el papel* una constitucion, ni cien constituciones, sino crear, á la vez, hombres que con ella se acomoden y vivan. Así es que la vida pública de las naciones sometidas á semejantes experiencias de laboratorio político, osciló, siempre, entre los golpes de Estado y las revoluciones; períodos de crisis violentas cortados por otros períodos de paz material, donde nunca dejó de sentirse la arbitrariedad de los gobiernos.

Ello es que, al fin, al fin, los legisladores de Cádiz presentaron su constitucion flamante, y que al presentarla, en un célebre prefacio ó proemio decían: «... la reunion de Aragon y Castilla fué seguida, muy en breve, de la pérdida de la libertad, y el yugo se fué agravando de tal modo que, últimamente, habíamos perdido, doloroso es decirlo, hasta la idea de nuestra dignidad; si se exceptúan las felices Provincias Bascongadas y el Reino de Nabarra, que presentando á cada paso en sus venerables fueros una terrible protesta y reclamacion contra las usurpaciones del Gobierno y una reconvenccion irresistible al resto de España por su deshonroso sufrimiento, excitaban, de continuo, los temores de la corte etc.»

De los nabarros dijo el célebre Padre Isla que «después de Jesus Sacramentado, lo que más profundamente aman son sus fueros y libertades.» Considerad, señores, el gozo que las palabras de la Comision constitucional causarian en Nabarra, tanto más, cuanto que desde Felipe IV, la degenerada monarquía habia ido acentuando su designio de acabar con las instituciones regionales y de substituirse á todos los demás poderes de España. ¡Ya estaban seguros y firmes nuestros fueros! ¡Ya el Gobierno central, en vez de socavarlos arteramente, los presentaba ante los ojos de los demás españoles como un timbre de gloria y hacia de ellos el arquetipo de las libertades restauradas! ¡Ya las manos piadosas de los legis-

